

## CASTILLOS DE CUENCA

Por José SANZ Y DIAZ

Utilizando la bibliografía general y particular de la provincia de Cuenca, desde las *Relaciones Topográficas*, de Felipe II, publicadas por el Padre Zacarías Villada, asesinado por los rojos, hasta los últimos trabajos de mis amigos Larrañaga y Federico Muelas, vamos a echar una mirada rapidísima a cuantas huellas podamos hallar de restos de Castillos antañones, que aun son páginas de gloria de la historia local y ornato de los paisajes conquenses. No tratan de ser estas notas ni siquiera un nomenclátor completo castellológico, sino tan sólo enumeración de hallazgos al azar de los caminos y de los documentos.

El perímetro geográfico conquense estuvo poblado, desde los lejanos tiempos primeros de su historia, por un mosaico de estirpes y por las más remotas culturas, cuyas huellas van encontrando poco a poco los arqueólogos. Predomina el tipo del celtibero, fundido con el romano y el árabe. De sus civilizaciones quedan innumerables restos en toda la provincia y, como dice un autor, «de su antiguo esplendor guerrero da idea el que se conservan restos más o menos grandes de Castillos y fortalezas en cincuenta pueblos de la provincia, bien conservados en Belmonte y Uclés, y con mayor abandono e incuria del tiempo, los demás».

Y los demás son el Castillo de Abia de la Obispalia, sobre terreno escabroso y arenisco, junto con muchas torres, torrecillas, torrejones, atalayas y castillejos que dan nombre a pueblos y territorios de la provincia; el de Alarcón, rodeado por el río Júcar, a la vez que de fuertes muros. Su nombre viene del árabe *al arkon*, que significa atalaya, si bien más que atalaya era Castillo principal. Toda la villa de Alarcón es un Castillo, ya que por su situación topográfica, tan propicia a las rebeldías, figuró en las gestas de Hafsún y el Tograi, así como después de conquistada la fortaleza por Hernán Martínez de Zaballos para Alfonso VIII, estuvo en poder del Conde don Alvaro de Lara y fue señorío del Infante don Juan Manuel y de don Juan Pacheco, Marqués de Villena, que cada uno en su siglo encarnaron la altanería de la nobleza castellana frente al poder real. Causa pena contemplar el triste abandono de esas ruinas gloriosas, condenadas a lenta, pero incesante destrucción